

# Madrid Cómic

SEMANARIO ILUSTRADO  
Oficinas y Talleres: Ferraz, 21. Teléfono 3.558.



—¡Qué pronto ha terminado usted, Carlitos!  
—Es que con este calor me pedía el cuerpo cebada.

20 cts.



# DE TODO UN POCO

En buen hora ha venido el «Gran Guignol» á este «pópulo bárbaro» español...



No extrañen ustedes el pareado, ya que de *parear* se trata casi exclusivamente en estos felicísimos tiempos de la tauromanía á ultranza, á todo trapo y á volapié...

Un poco fresca es ya la noticia; pero no la he de «pasar por alto» como si fuera un morlaco de esos que humillan la cerviz y el testuz ante la muleta.

El hecho de arrojar botellas, almohadillas, naranjas y otros proyectiles á la cabeza de un diestro herido, con el propósito siniestro de herirle aún más, prueba que este dulce y bondadoso país no se halla «capacitado» (como hoy se dice) para civilizar á los rifeños, no tan salvajes seguramente como algunos desalmados indígenas de estas latitudes taurófilas.

López Barbadillo, en *El Imparcial*, propuso la solución siguiente para acabar de una vez con tales desafueros, tropelías y abusos:

«... Coger á los zulús de ayer tarde, llevarlos á pastar á La Muñoza y que (cuando sanara el gran *Bombita*) los torease, los banderillease y los matase en la Plaza de Toros de Madrid. Pero... no son bravos. No podría lidiarlos.»

A lo que agregó D. Luis Mazzantini:

«Si esa *ideica* de que los toreros lidien á esos cobardes se lleva á cabo, aunque hace siete años que me quité de esas cosas, no tendría inconveniente en *cargarme* siquiera uno, si bien fuese de los más grandes y mejor provistos de defensas...»

El procedimiento teatral de *la lidia del hombre por el hombre*, que nos han traído el actor Sainati y su Bella esposa, importadores del «Gran Guignol», va—por las trazas—á extenderse dentro de poco al amplio escenario de la vida.



No estaría mal ver á *Manolete* lanceando á un gaonista burriciego, ó á *Bomba* descabellando á un idólatra del

Divino Pastor, ó al *Gallo* cortando la oreja de un incondicional del *Machaco*...

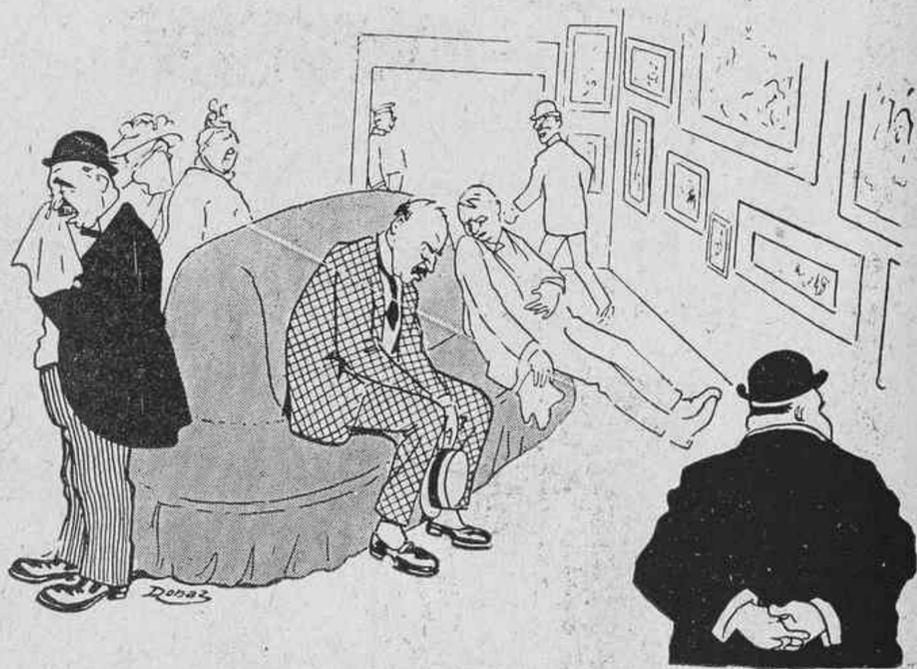
Yo creo que la guerra civil no ha de comenzar en las calles, sino en las Plazas. Y opino que las truculentas atrocidades del *elenco* italiano de la Comedia son tortas y pan pintado si se las parangona y compara con las inquisitoriales escenas del *Gran Guignol* de don Indalecio.

Decididamente la *jarka* tiene sus aduares y campamentos en los zocos del tendido de sol...

\*  
\*\*

Pasémonos, por tanto, á la sombra; ó, lo que es igual, penetremos en la Exposición de Bellas y Malas Artes, inaugurada hace días en el Retiro.

La luz ha desaparecido de nuestros cuadros. Todo es gris, ó morado, ó negro en la pintura contemporánea. Los



rostros de las mujeres son pálidos, como si todas ellas fuesen anémicas ó cloróticas. Los de los hombres, lívidos, cadavéricos, exangües...

Una cruel fantasmagoría es el producto de la inspiración de nuestros pintores. Y sus figuras, sus paisajes y sus marinas, parecen arrancados de un maldito país de pesadilla, de aquellarre, de noche de sábado en Barahona...

El que no quiera emponzoñarse con el virus de la tristeza ambiente, que no visite la Exposición actual.

Preferible es darse una vuelta y pillar de paso una insolación en la asolada y desolada Pradera del santo patrono de Madrid, ó presenciar una corridita de toros de estas al uso ahora, mientras no vuelve Mazzantini á coger los trastos para despenar á uno de esos valientes tíos que lanzan botellas y almohadillas á los toreros lesionados en el talón de Aquiles, tan vulnerable hoy como otro cualquiera...

Carlos Miranda.

# DETABULLO LITERARIO



ON Enrique Povedano y D. Antonio Ruibérriz de Torres han publicado un libro titulado *Diccionario epigramático*, con prólogo de Pérez Zúñiga.

Tiene este libro una acerada intención satírica, una gracia mordaz, fina y buída; son donaires de ingenio, que revelan talento, sensibilidad y un claro sentido crítico. A pedazos este libro nos dice que su noble abolengo está en los clásicos castellanos del humorismo. Tiene la misma violencia jocunda, la frase cortante, la intención maliciosa y cruel de los sonetos satíricos y de las jácaras. Une á esto una finura de la ironía, que es flor de estos tiempos más depurados y de más exquisito refinamiento.

Ved como muestra algunas definiciones de este ingeniosísimo *Diccionario epigramático*:

**Abogado.**—La mejor carrera para morir de hambre y para alcanzar una plaza de cobrador del tranvía.

**Académico.**—Viejo con gota, sin pretensiones y sin talento. Autor de alguna vil traducción... hecha por un amigo. Son los que manejan la lengua dentro y fuera de la Academia. ¡Allí fué genio Grilo! ¡Allí es presidente Pidal! ¡Ave María Purísima! Cuando se tiene talento no se puede ser Académico ni aspirar al premio en ningunos Juegos florales.

**Acta.**—Título de servilismo, que se adquiere estirando levitas ó teniendo dinero para comprar votos. Luego, al Congreso á comer caramelos, á vender destinos, á llevarse papel timbrado, á decir *Sí, No, Muy bien, Más caramelos, Rásqueme usted aquí*, etc.

¡Así se salva el país!

**Aristocracia.**—En las antiguas naciones los ilustres caballeros mostraban sus distinciones y mantenían sus fueros con escudos y pendones. La aristocracia del día insiste en la imitación y en sus *pendones* confía, envolviendo su agonía en la frase de Cambronne.

Y no va más. Porque si fuera á copiar todas las cosas de gracia, tendría que transcribir íntegro el *Diccionario epigramático*.

\*  
\*\*

La muerte de D. Marcelino Menéndez y Pelayo es una tremenda pérdida nacional. Ayer Costa, hoy Menéndez y Pelayo; eran dos hombres faros.

Nadie podrá ser igual á ellos ni podrá substituirlos qui-

zá en muchos lustros, tal vez pueda contarse por cientos de años. Costa era un alma de diamante, clara y transparente. Era un gran español, á quien el ambiente de estulticia, de ramplonería y de baja moral desterraron á las soledades de Graus. Don Marcelino era también un solitario, en medio del tumulto cortesano.

Todos los grandes hombres son solitarios; es una cosa fatal, inevitable que sea así. La vida de relación es muy peligrosa para la salud del entendimiento y del alma; es preciso evitar el contagio, porque el espíritu no se cura jamás de la ruindad, del cretinismo, de la vacía vanidad. *La soledad es para las bestias ó para los genios*; en la soledad se fortifica el alma, se llena de armonía interior; en la soledad del estudio y de la labor incesante, como en la del ilustre hombre que acaba de morir, se crece de una manera gigantesca sobre el menguado nivel de los demás hombres.

Yo quiero poner en estas líneas todo el dolor de mi sinceridad por la muerte del gran polígrafo. Algunos hombres grandes nos quedan aún; pero son tan pocos y están tan viejos... ¡Si al menos la juventud recogiera la herencia de sabiduría y de alta moral de los ilustres muertos! ¡Si aprendiera á comprender y á amar la vida de los tristes solitarios!

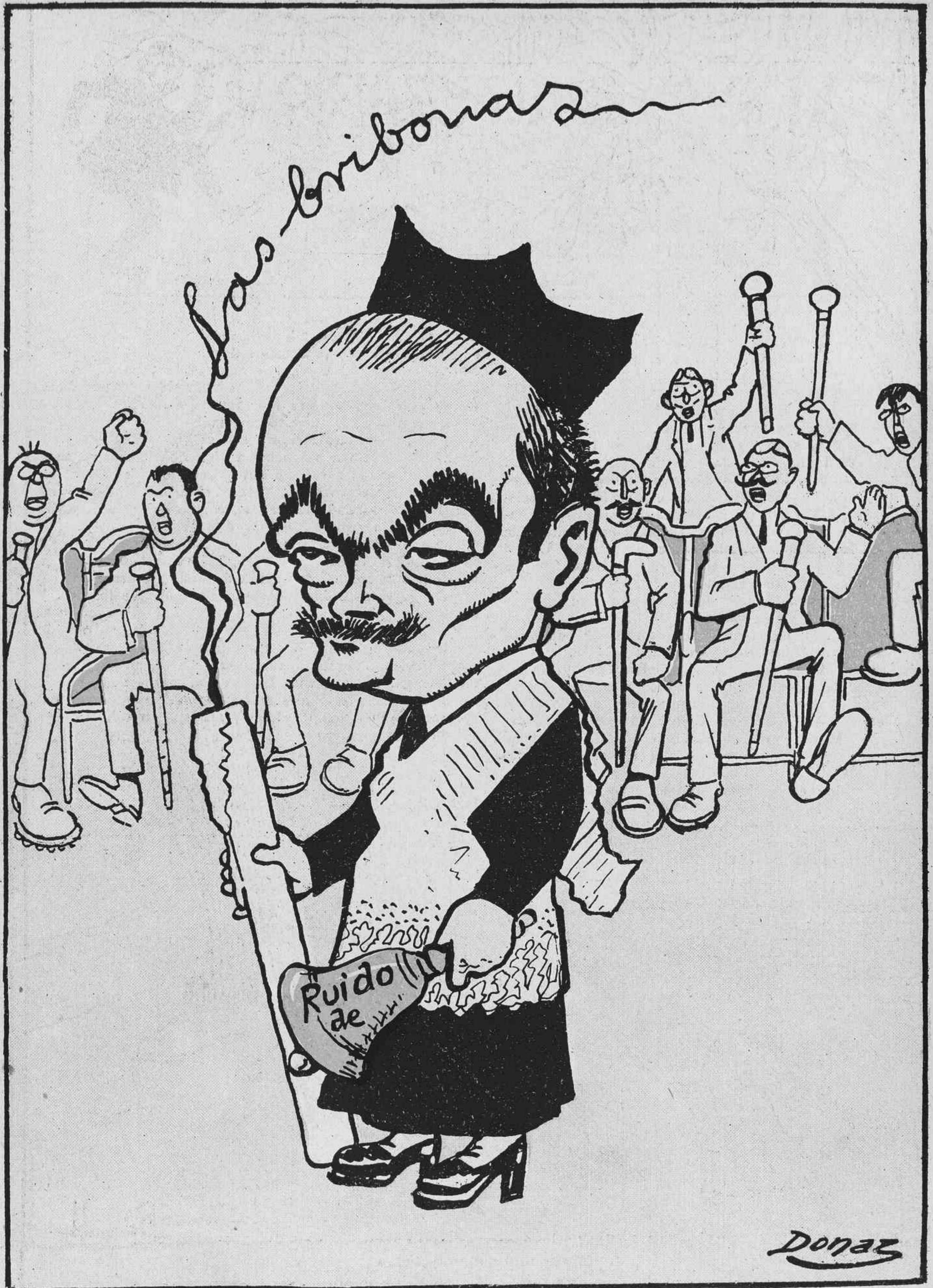
Emilio Carrere



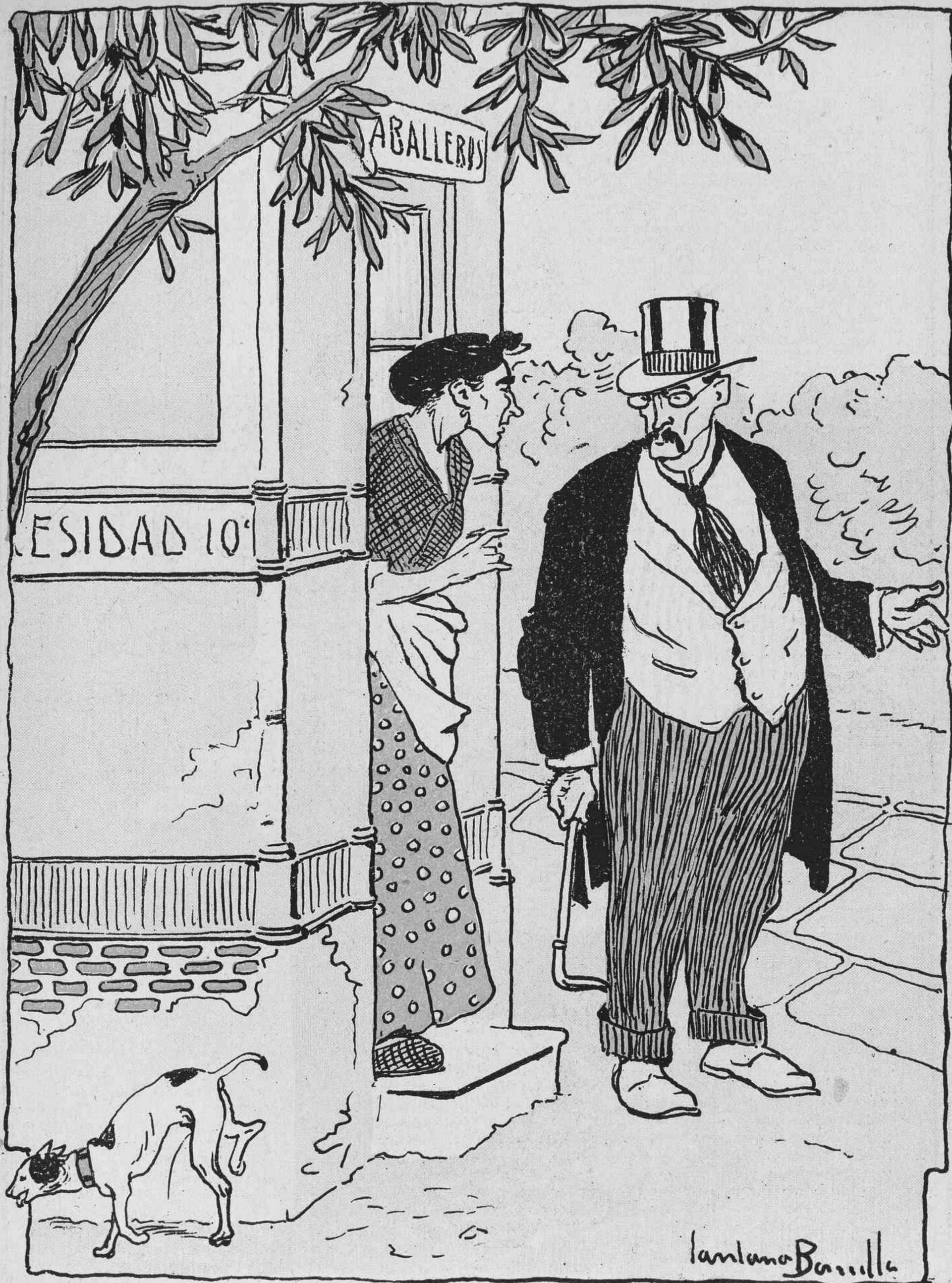
—Pues sí señor, yo he sido un andarín formidable. Una vez, me hice á pie un recorrido de 50 kilómetros.

—Y ¿volvió usted á pie?

—No, en una camilla, porque no podía con mis huesos.



Aplaudido autor de «Las bribonas», á quien con el «Ruido de campanas» se le han espantado «Los borregos».



Lantano Borrillo

—Caballero, son diez céntimos.  
—¡Pero si he estado muy poco tiempo!  
—¡Pues siéntese usted otro ratito!

## DE MI VIDA

En una calle vieja de la alegre Sevilla,  
muy cerca de Triana, junto al Guadalquivir,  
en la tierra del tango y de la manzanilla,  
me hicieron el regalo de mi triste vivir.

Aspirando de nardos y rosas la fragancia,  
bajo el ardiente rayo del sol meridional,  
he pasado los años alegres de la infancia,  
en el patio florido de mi casa natal.

Pero quise ser hombre en edad muy temprana  
y cubierto mi rostro por infantil rubor,  
en los brazos lascivos de vieja cortesana,  
supe una noche triste los goces del amor.

De la senda del vicio errante peregrino  
—malgastando las noches con hembras del placer—,  
una mujer honrada tropecé en mi camino,  
y supe de la dicha de su casto querer.

Gocé y sufrí por ella... No la guardo rencor.  
Si me hizo pasar penas, me dió el placer sin fin,  
de probar la dulzura de sus labios en flor,  
bajo el verde ramaje de su bello jardín.

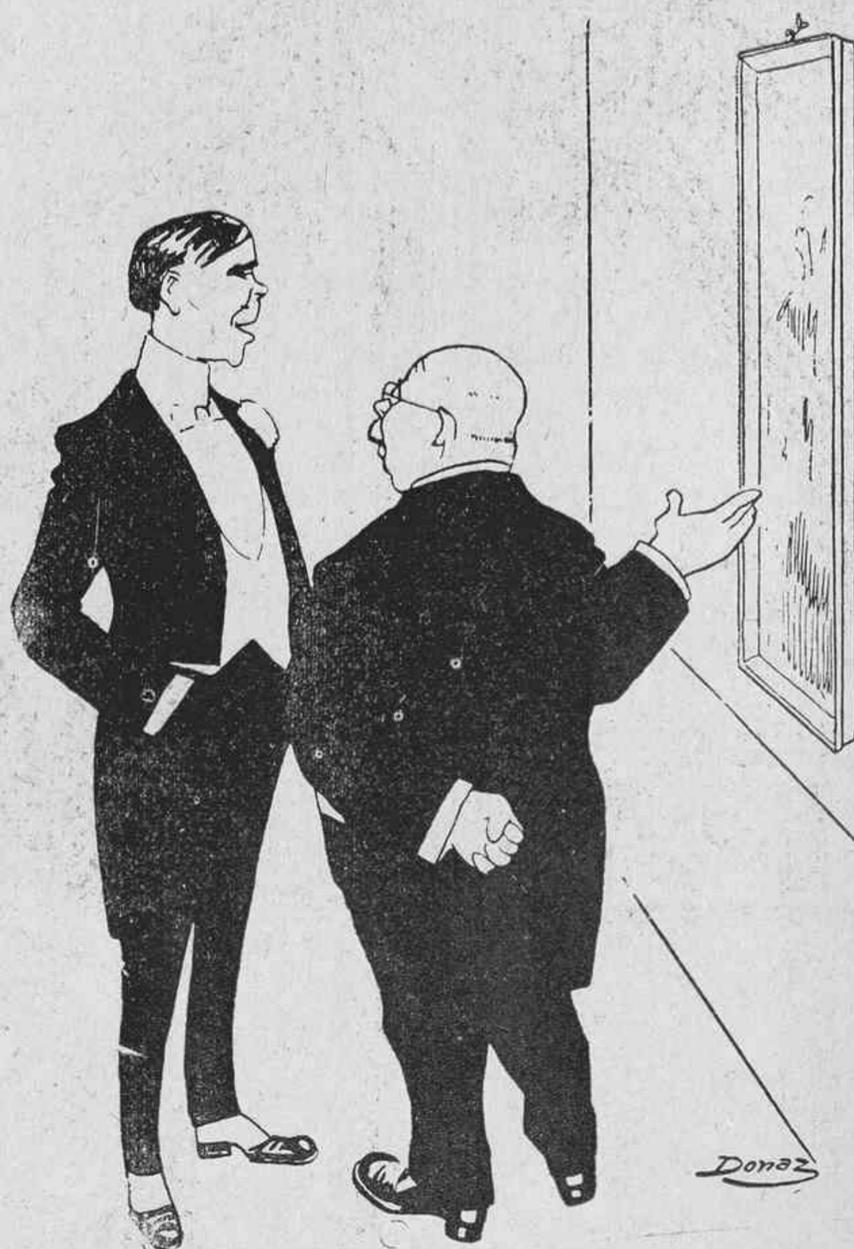
He pasado miserias y tirado caudales,  
y sé de la tristeza de los días sin pan.  
De báquicas orgías y faustas bacanales  
y de noches de frío durmiendo en un desván.

Que he vivido la vida demasiado deprisa,  
me dicen los amigos que tuve en la niñez.  
Que por eso en mis labios hay escéptica risa  
y un gesto prematuro de mi triste vejez,

yo sé que siendo joven, me encuentro que soy viejo,  
que la vida no tiene secretos para mí,  
y que aunque tenga triunfos y gorias, yo no dejo  
de pensar en la ingrata por quien tanto sufrí.

No me importa la vida, no me asusta la muerte,  
entusiasmo no tengo por vencer ni luchar.  
¡Porque me encuentro débil, creyendo que soy fuerte!  
¡Porque no tengo amores y necesito amar!

**Diego Martín del Campo.**



—¿A que no sabe Vd. de quién es este cuadro? Pues es de Velázquez.

—¿Y en qué lo ha conocido?

—Hombre... por la factura.

—¡Caramba!... si yo hubiera leído la factura también lo sabría.

❁ ❁ ❁ ¡A RECOLETOS! ❁ ❁ ❁

Han llegado los días en que los excelentes horteras invaden los paseos públicos llenándolos de regocijo, tanto con su desbordante alegría dominical contenida durante toda la semana por la barrera infranqueable del mostrador, como por sus estupendas corbatas y preseas. Sobre todo, ese bello paseo de Recoletos es objeto preferente de su invasión.

La fisonomía de los paseos cambia con las estaciones. Este paseo silencioso, apacible, aristocrático en invierno, se torna innoblemente popular en cuanto llega el calor. Se llena de gente cuyo grueso suele formarle la turba horteril, de gente que pasea en masa, arrastrando los pies,

levantando un polvo denso, atosigante, extraña procesión lamentable cuyo paso presencia otra multitud sentada en sus muelles sillas de hierro inventadas quizá por la satánica imaginación de un sastre para detrimento de los pantalones. El calor se hace asfixiante. Muchos paseantes llevan en el rostro una ligera huella de cansancio, de fatiga. Las conversaciones son lánguidas, entrecortadas, como de quien tiene la lengua adherida al paladar.

Ya se acerca el momento del panzudo botijo refrigerante, de las lentas y trabajosas digestiones, del sueño incontenible, dominador. Y en este ambiente de cansancio y de sopor

estalla el bullicioso sobresalto de la banda de música.

Cuando la banda cesa de tocar, esos ciegos amigos, glorificados por nuestros cronistas sentimentalmente filarmónicos hacen oír su música remota, olvidada como suspiros de unas épocas lejanas, llenas de poesía, de ideal, esa música incomprendida por estos buenos paseantes que no saben de la emoción ni del arte, ni de la melancólica añoranza de los vales antiguos, esas desdeñables gentes que tienen por símbolo la balanza, que todo es equilibrio, y la vara de medir, que todo es rectitud, y no conocen la ventura de ser un poco desequilibrado y un poco inadaptado.

ble para gozar de muchas cosas que no sean llenar las panzas insaciables, presenciar las corridas de toros y pasear por Recoletos.

A una hora determinada, á una prudente hora, dentro de sus costumbres metódicas, de su vida morigerada, todos abandonan el paseo, firmemente persuadidos de que han oxigenado sus pulmones, de que han despejado sus cabezas, sus pobres cabezas rudimentarias, llenas de vanidad.

Y, entretanto, nosotros nos encaminamos á los gratos y frescos rincones donde el sol al salir compone un poema, pensando en estas pobres gentes dominadas por la más amarga de las esclavitudes: la necesidad del vecino.

Constantino Amador.

De mi álbum.

## El terror de las praderas.

No tiene el tipo recios perfiles de un personaje de Mayne-Rei; éste es oriundo de los madriles, nació en la calle de Ministriles y es un chulapo de buena ley.

Ante él suspiran las cigarreras, las modistillas sienten amor, por él murieron diez chalequeras, y cuando *asoma* por las praderas entre las damas siembra el terror.

Usa pañuelo de seda al cuello, fuma cigarros de medio real, y entre la oreja y el negro vello lleva una rosa, roja, que es sello de su carácter de hombre juncal.

Bajo el chaleco sale la faja, que es una cinta de azul turquí; no sabe nadie cuándo trabaja,

pero el amigo se vá de *naja* en cuanto *guipa* cualquier *gacht*.

Él come churros en las verbenas, en los colmados sabe alternar, hace á las hembras muchas *faenas*, lleva dos *pelas* que no son buenas y... ¡es claro!, nunca llega á pagar.

Es punto fuerte de la Bombilla y hace conquistas en Lavapiés; estas conquistas son de boquilla, pues le da achares cierta chiquilla á la que ha puesto la cara al *bies*.

Va á la salida de los talleres, donde presume como un don Juan, y aunque es un *águila* de los quereres lleva una lista de las mujeres contando siempre los «nos» que dan.

Y este gran chulo, todo *jonjana*, que entre las damas siembra el terror, que de travieso don Juan se ufana... ¡vive en un piso con una anciana, que es la que paga siempre la flor!!

Mingo Revulgo.



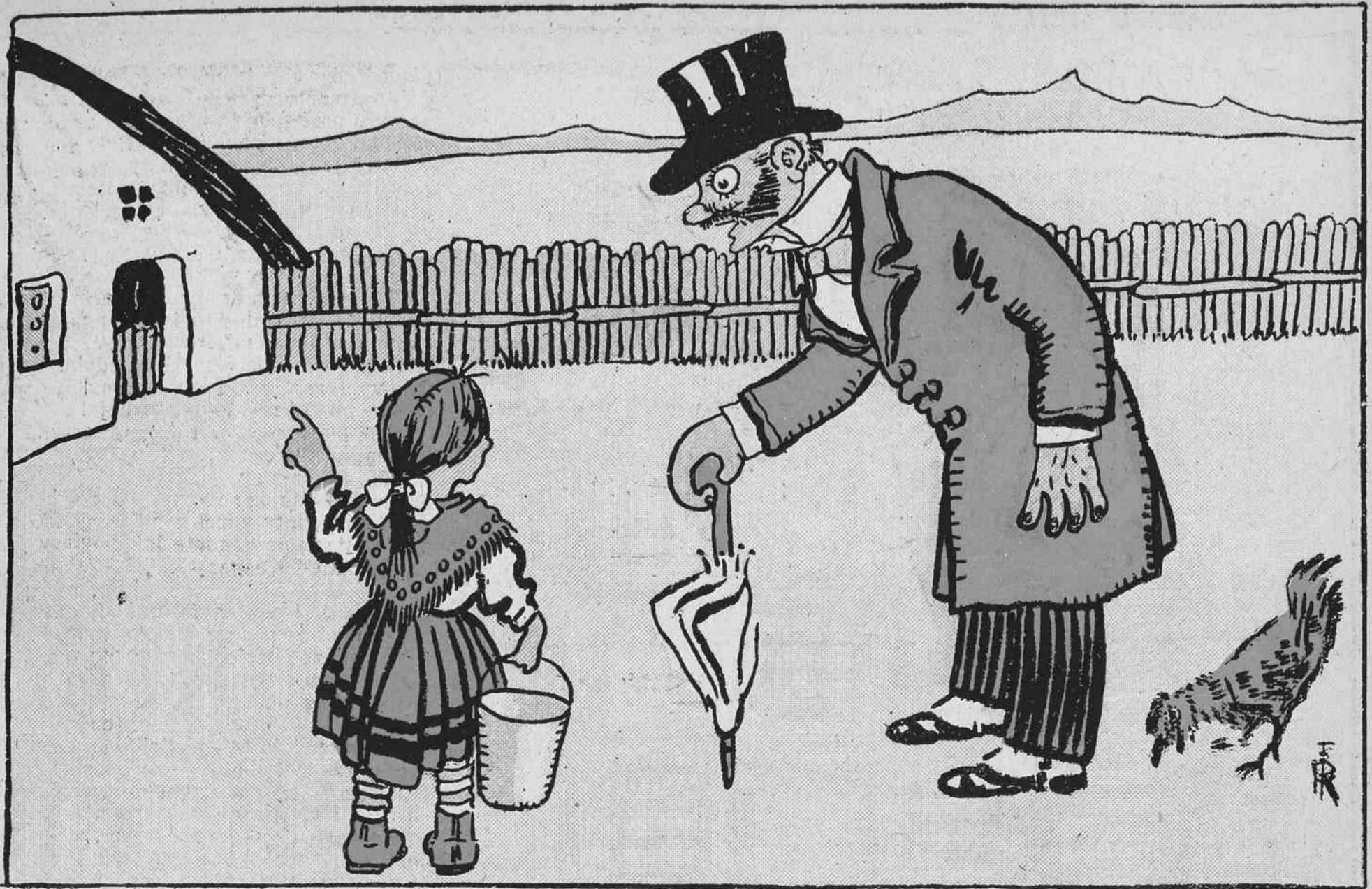
- Caballero, ¿hace el favor de decirme si hay por aquí alguna pareja de guardias?
- Hace más de una hora que no he visto ninguna.
- Pues entonces, hágame el favor de darme el reloj y la cartera.

## RETIRADOS EN EL RETIRO



—... y machete en mano, dimos cuenta de los insurrectos. Usted no sabe, D. Zenón, lo que es eso, porque no estuvo en aquella campaña.

—Me lo supongo; aunque nunca cogí un machete, he manejado muy bien el sable.



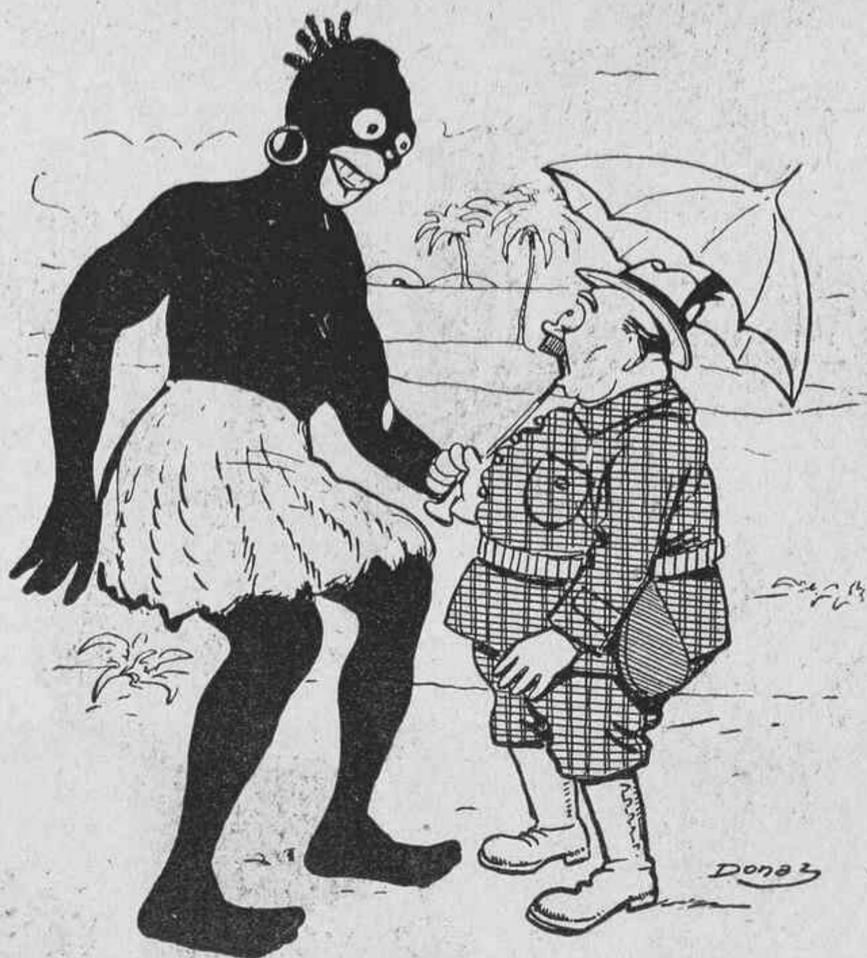
—¿Dónde está tu padre, pequeña?

—Está ahí con los cerdos. Le conocerá usted, porque es el que lleva sombrero de paja.



Ella.—¿Y tú eres el que me juró amor eterno?

Él.—¡Cualquiera iba á figurarse que durarías tanto!



—Por fin has llegado. Te esperaba con ansia.  
 —Pero usted me conoce, señor de salvaje.  
 —Sí, tu eres mi almuerzo.

DE LA CECA Á LA MECA

SÁTIRA CONTRA LAS PATRONAS

Vuestra víctima he sido, pero os juro por la gloria de mis antepasados, que no he de serlo más en lo futuro. Me habéis dado muy malos resultados y mi salud, mi mesa y mi bolsillo reclaman otra clase de cuidados; que no soy estudiante de trapillo para comer garbanzos como balas, y dormir en un cuarto de pasillo. Yo gusto de dormir en buenas salas con luz, ventilación é independencia, no en alcobas tan sucias y tan malas como son, con escasa diferencia, las de todos aquellos infelices que en vuestras manos ponen su existencia, sin saber, como incautos aprendices, que perderán, al fin del pupilaje, pulmones, vista, estómago y narices. ¡Qué ingrato y doloroso aprendizaje! ¡Cuánto la ciencia de la vida cuesta, si la vida reside en el potaje!

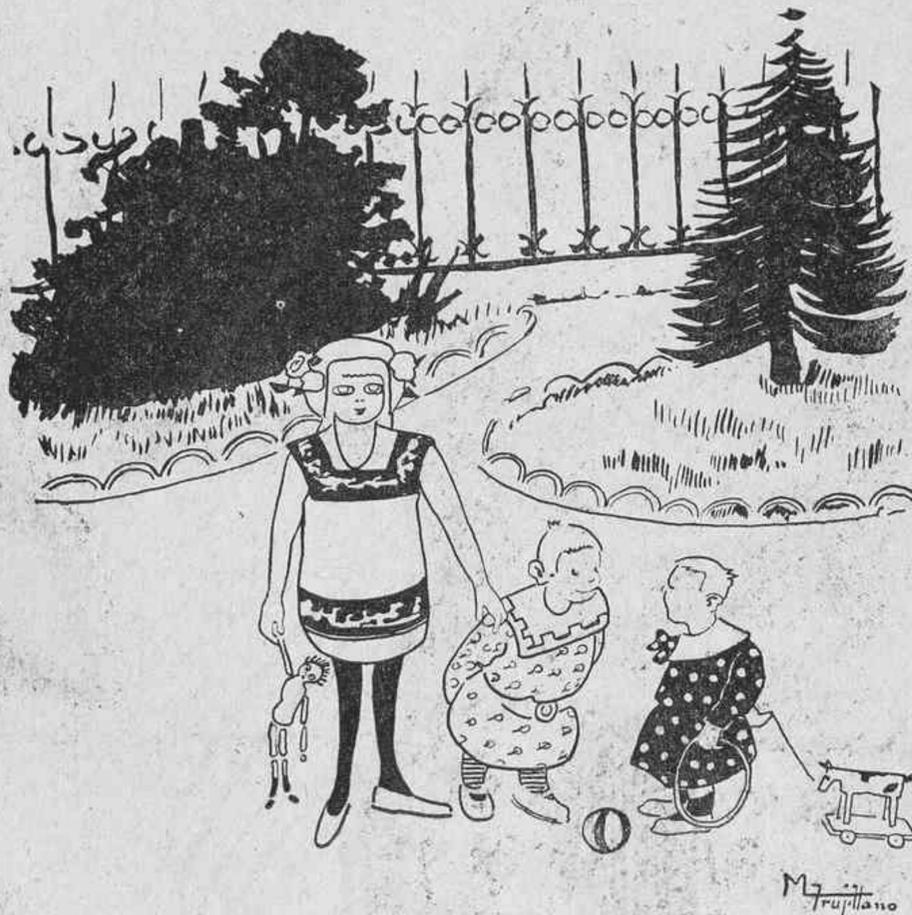
Es la patrona una mujer funesta, que me aburre, me carga, me encocora, me fastidia, me enoja y me molesta. Con todos sus alardes de señora y con todo lo fino de su trato, es una tiranuela, una impostora. Mejor fuera que en vez de tanto boato y tanta educación, diese al pupilo alcoba limpia y abundante plato; pero ya puede aquél sudar el quilo trabajando en su tienda, en su oficina ó en otro menester por el estilo, que cuando vaya á casa, en la cocina, sólo le espera un guiso mal guisado ó un poco de gallina sin gallina. Y de nada le sirve al desgraciado

hacer ver que sus fuerzas no repara con sustento tan pobre y tan mermado; le dirán que la plaza está muy cara, que ha subido el valor del comestible

y que hallar algo bueno es cosa rara, cuando sólo se tiene disponible un duro para todo lo preciso: comida, vino, ropa y combustible. Y el infeliz se ve en un compromiso y acaba por comer humildemente su poco de gallina ó su mal guiso... ¡Oh, admirable y sufrido penitente! ¡Oh, sublime varón, que tu calvario escalas resignado y obediente! ¿Por qué regla de tres es necesario que haya detrás de ti quien se agasaje con el que ganas mísero salario? Deja ya de una vez el hospedaje! ¡No vuelvas á mirar á la patrona! ¡El que quiera regalo que trabaje! ¿Qué puedes esperar de una persona inculta, aprovechada, entremetida, tacaña, zalamera y trapalona, que además de servirte una comida poco abundante y mal condimentada, ha de estar amargándote la vida? ¿Qué puedes esperar?... ¡Nada, hombre, nada! Después de trabajar año tras año, nunca tendrás una peseta ahorrada. Yo conozco perfectamente el paño y al darte mis consejos, te aseguro que en ellos no hay doblez y no hay engaño. Nunca tendrás en el bolsillo un duro ni lograrás salir de un compromiso, ni vencerás el más pequeño apuro... Y voy á terminar, con tu permiso, este ensayo de sátira ramplona, ¡porque me acaban de traer aviso de que me está esperando mi patrona!..

Marciano Zurita.

LA INFANCIA DE AHORA



—¡Qué suerte tienes, Pepito! Los vestidos de tu hermana sirven luego para ti. En cambio, los que usa la mía no me vienen porque son más cortos.  
 —¿Pues cuántos años tiene tu hermana?  
 —Veinte.  
 —Entonces ya sé lo que es: coupletista.

## LOS ISIDROS

Una de las cosas que más conturban el ánimo de un ciudadano madrileño es tener que recibir á un isidro. Nosotros hemos sufrido estos días esa triste desventura.

Hemos penetrado en la estación y hemos paseado á lo largo de los andenes.

Por fin ha llegado el que esperábamos. No recordábamos apenas de este buen pariente nuestro que vamos á recibir. Por las ventanillas de los vagones asoman sus caras soñolientas los viajeros. Nos sucede con los viajeros lo que con los hombres de otras razas; á todos los encontramos semejantes. Tememos ser indiscretos y he aquí nuestra incertidumbre. Es la primer malandanza.

De repente sentimos que nos estrechan fuerte, cordial, efusivamente, unos brazos vigorosos. El que estas muestras nos da de aprecio es un hombre vigoroso que lleva un amplio sombrero y unas vistosas alforjas de vivos colores. Deducimos que es el que aguardamos y tratamos de corresponder á sus demostraciones. Interésase por todos los nuestros, nos habla de los suyos, nos recuerda mil olvidados detalles, y todo ello mientras nos abraza, nos destruye, nos pulveriza. Esta es nuestra segunda malandanza.

Salimos. Es menester recoger una numerosa colección de cestas y hatillos. Esto va agotando nuestra paciencia. Es la tercera malandanza.

Por fin subimos á un coche y nos dirigimos al hogar. Ya en él, y luego de haber acariciado convenientemente á toda la familia, comienza á mostrarnos sus presentes: quesos, tortas, aves, frutas, hortalizas. Extrae de las amplias alforjas los restos de su empanaje, que nos hace yantar á la fuerza. No escucha las razones que alegamos para dejar de comer. Preconiza la salubridad de los alimentos campesinos y acaba por dejar nuestro estómago enfermo para muchos días. Es la cuarta malandanza.

Cuando ya nos ha hecho saciar el apetito, ha comenzado á departir con nosotros de política, de la cuestión social, de la cuestión religiosa, y de todos esos transcendentales problemas que agitan la vida de los pueblos y nos inspiran un santo terror. Tenemos que conversar acerca de estos asuntos y es la quinta y más dolorosa de nuestras malandanzas.

Vamos sufriendo una gran decepción. Cuando hemos visto á este pariente nuestro allá en el rincón provinciano, nos ha parecido de un carácter dulce, infantil, sereno, como

el de un amable pastor de égloga, y su vida una vida pura, sana, tranquila, sin hondas preocupaciones que destruyen la felicidad. En este ambiente de la Corte, nos parece rudo, zafio, impulsivo, lleno de necias ideas y rancios prejuicios.

Y pensamos que quizá en nuestro ánimo se ha deshecho un encanto.

Antonio Roldán.

## EPIGRAMAS

Académico han nombrado de la lengua á don Pascual, y tanto le ha disgustado, que exclama muy enfadado:

—Caramba, ¿escribo tan mal?

—¿Qué tal la dama?

—Muy lista.  
—¿Y el galán joven?  
—Muy zote.  
—¿Y el gracioso?  
—Poco artista.  
—¿Y el barba?  
—Medio bigote.

A su familia llevó  
al teatro Pedro Miró,  
y uno de sus chiquitines,  
viendo el baile, preguntó:  
—¿Son hombres los bailarines?

Según ha dado en decir  
gente ducha en torear,  
la Marquesa del Zafir,  
con *trasteo* singular,  
suele á diario recibir...  
—¿Y el Marqués?

—Suele aguantar.  
Liborio C. Porset.

## EN LA SASTRERÍA



—Parece que la moda va á cambiar... ¿Cómo hará usted los trajes este verano?  
—¿Yo? Pues los haré... al contado.

# PASODOBLE FLAMENCO

(CONCLUSION)

Maestro Romero.

The musical score is written for piano and consists of six systems of two staves each. The key signature is one sharp (F#), and the time signature is 3/4. The notation includes various rhythmic patterns, including triplets and sixteenth notes, as well as dynamic markings such as *pp* and *p*. A *congas* marking is present in the third system. The piece concludes with a final cadence in the sixth system.

Handwritten musical notation for the first system, featuring a treble and bass staff with various notes and rests.

Handwritten musical notation for the second system, including a treble staff with a melodic line and a bass staff with accompaniment.

Handwritten musical notation for the third system, showing a treble staff with a melodic line and a bass staff with accompaniment.

Handwritten musical notation for the fourth system, featuring a treble staff with a melodic line and a bass staff with accompaniment.

Handwritten musical notation for the fifth system, including a treble staff with a melodic line and a bass staff with accompaniment.

Linares

## REFLEXIÓN



— La ciencia es una mentira. Si la sugestión existiera, este jamón, ya estaría en mi casa.

## BOHEMIA

## TIPOS POPULARES

Todos los días, por todas partes, veréis, lectores, como yo, tipos exóticos que se titulan bohemios por el sólo hecho de estar reñidos con el peluquero.

Escritores (!) que sin duda se dejan la melena para ensombrecer las cuartillas en que ponen sus manos pecadoras.

Pintores que dejan crecer sus pelos para utilizarlos como pinceles cuando vean que el público no adquiere sus magníficas obras... que nadie entiende.

Músicos que al compás del inevitable «Vals de los besos», del «Ven y ven» ó del «Balancé», dan flotante al aire su cabellera.

Todos éstos, pomposamente, quieren titularse bohemios. No es así: bohemio verdad es el que no se preocupa de la vida y vive y ríe, y goza y gasta.

Bohemio verdad, tal y como yo lo entiendo, es un tipo ya popular en Madrid, especialmente entre los concurrentes á los cafés del centro de la villa.

¿No le conocéis? ¡Ya lo creo! No falta en Fornos ni una sola tarde. ¡Grajeda! El popular Grajeda, que si lo dejáis os marca el retrato de la suegra en la aguja del alfiler de la corbata ó la figura de Canalejas en la contera del bastón, pronunciando un discurso para convencer al mundo, infatigable de la mañana á la tarde, de lo práctico que resulta no servir á los amigos.

El popular Grajeda es un bohemio auténtico. Le veréis hacer rápidos gra-

bados en todo lo metálico ó en todo lo que brille que se encuentre al alcance de sus manos; tardará en la obra sólo instantes, cobrará el importe de su labor y en menos momentos todavía habrá destruído su *capital* en el fondo de algún tupi ó en los brazos más ó menos mórbidos de la primera vendedora de amor que tropiece por la calle, joven ó vieja, rubia ó morena. Le es igual.

Después, cuando le queden las últimas monedas de cobre, se dará un banquete *flatulento*, y llenando su pipa saldrá de la tasca luciendo su contoneo con arrogancias mayestáticas hasta llegar á otro café, donde vuelve su buril á grabar letras y enlaces, que de nuevo trueca por pesetas para otra vez repetir su vivir bohemio, y la aurora le encuentra á diario con su pipa en la boca, su cartera y sus prospectos bajo el brazo, la mano en el bolsillo del pantalón y... sin una peseta.

Ahí tienes, lector, un tipo popular de la bohemia de la Corte sin tener flotante la melena, pero viviendo la lucha de la vida, alegre y satisfecho, sin preocupaciones y... sin dinero.

Ayer mismo, Grajeda, que acababa de cobrar unas pesetas por grabar unos encendedores, se encontró en la calle á un su amigo y se sintió magnate y convidó al amigo; mas cuando llegó la hora de pagar no alcanzaba su *caudal*, faltábanle ¡35 céntimos!; y muy tranquilo llamó al dueño de la tasca y le dijo que lo que le faltaba no se lo pagaría por no tenerlo: el amo le convidó además.

El bohemio es siempre feliz y se co-dea con el Padre Eterno si su felicidad

está regada con una botella de cognac especialmente.

Pero Grajeda se afeita y corta el pelo, aunque bohemio.

J. Romero Arana.

## ¿Se puede vivir?

En el mundo entero es esta la interrogación constante que hoy se formula por cuantos tienen la desdicha grande de pertenecer al gremio infeliz de los mortales, ante el número crecido de sucesos lamentables que acontecen á diario por mar, por tierra y por aire. Los barcos más poderosos, los más fuertes y admirables, los que ofrecen al viajero mayores seguridades, por un *iceberg* cualquiera van al fondo de los mares; y la legión de pescados que aun no pudieron pescarse, se da un banquete, sirviéndole de *menú* los tripulantes. Los trenes por los caminos siguen chocando, no obstante ser este un invento viejo, originando catástrofes que al más sereno le quitan las ganas de ir á Getafe. No son menos las desgracias que con sus velocidades nos ocasionan los «autos» al correr por esas calles poniendo nuestra existencia en un peligro constante. De la aviación no digamos; pues bien poco tiempo hace que á Vedrines, el intrépido, le ocurrió el fatal percance; y es raro el día en que alguno de esos individuos-aves no se cae y en la caída queda hasta sin iniciales. Si por causa del progreso ya no está seguro nadie y ni por mar, ni por tierra, ni tampoco por el aire se puede andar actualmente sin correr un riesgo grave, es natural la pregunta que titula este romance. «¿Se puede vivir?» Yo opino que la respuesta no es fácil ni lo es tampoco el acuerdo que debería tomarse para que en lo sucesivo se evitaran tantos males y el continuo sobresalto que hoy inquieta á las ciudades por no haber un elemento que resulte favorable. Como el estado de cosas presente pronto no cambie, sólo un recurso infalible les quedará á los mortales que quieran *vivir* tranquilos en el mundo: suicidarse.

Adolfo Sánchez Carrère.

# INFORMACION TEATRAL



—Estoy de un humor de todos los diablos...

—¿Sí?... Pues toma asiento... ¿Qué te sucede?

—Por un lado, el calor.

—¡Vaya calor!...

—Por otra parte, el publiquito de los toros, que, apasionado en extremo, como nunca, por determinados «ídolos», nos trae locos á los espectadores sensatos y muy aburridos con las ridículas manifestaciones de entusiasmo, mientras que el verdadero ídolo de todos, «Su Santidad» Mosquera I, se harta de ganar miles de pesetas...

—¡Vaya un socio!...

—¡Arrea! ¡No eres tú nadie exagerando, mi amigo!... Hablemos, pues, del «Grand Guignol».

—¿De fantoches y polichinelas? Ya sabes que no gusto de platicar de gente política...

—No seas... fantoche. Me refiero á la compañía que ha debutado en la Comedia, al nuevo espectáculo que nos han traído á la Corte...

—Que sí que se las «trae»...

—Ni las obras que exhiben pueden tomarse en consideración, ni mucho menos en serio las producciones terroristas que representan.

—Como que ni eso es teatro ni Cristo, ni los franceses que lo han fundado... Aquí, en Madrid, el éxito que ha alcanzado el nuevo espectáculo puede calificarse de «succés d'estime»—á mí no me gana nadie hablando en el idioma de Rotand.

—Y se comprende, toda vez que hemos dado en ir al teatro á reinos, y no á llorar ni á presenciar desgarradoras escenas.

—Los actores, ¿qué te parecieron?

—Excepto la Starace y los esposos Sainati, los demás á la altura del pavimento del Fauborg Montmartre...

—Estuvieron bastante desácertados la noche de la inauguración.

—Hechos unos peces del Sena... No me extrañó que las segundas partes no fueran buenas; esto sucede siempre, por regla general, y en las compañías extranjeras es «moneda corriente», pues cuantas hemos tenido el gusto de ver, salvo dos ó tres figuras, los demás de «desecho de tintera y cerrado»... dicho sea en el argot taurino con el respeto debido y sin ánimo de molestar á nadie; que conste...

—Total, que el «Grand Guignol» no

producirá tanto entusiasmo en el público como la estocada que dió Gallito en la 7.<sup>a</sup> de abono...

—¡Claro que no!...

—Pues á otra cosa, que el tiempo es oro...

—El tiempo es oro,  
y una suegra, mi amigo,  
es un demonio...

—Y tú una calamidad improvisando versos...

—Yo no seré un Campoamor, ni lo pretendo tampoco; pero, en cambio, tengo más suerte que tú presenciando estrenos.

—¿Por qué dices eso?

—Por el último que he visto, en Lara, la noche del beneficio de Mercedes Pardo. *Sábado sin sol*, un precioso sainete lírico andaluz, de los Quintero marca de fábrica, que entretiene agradablemente al público por espacio de media hora. En dicha obrita nos ha sido presentado un nuevo compositor, el maestro Bravo, y, á juzgar por la partitura de *Sábado sin sol*, cuéntase ya con un músico hecho y derecho de brillante porvenir.

—Pues ¡bravo! por el Sr. Bravo... y adelante con los «faroles pentagramáticos».

—*Sábado sin sol* es un entremés de los más bonitos que han escrito los ilustres saineteros. La Goya celebró también su beneficio, siendo muy aplaudida en los diferentes «couplets» que cantó con su peculiar gracejo.

—¡Un beneficio más que importa al mundo!...

—He oído decir que la compañía del Gran Teatro ha sido contratada para dar unas representaciones nada menos que en Turquía; ¿sabes algo?

—Sí; eso se susurra entre bastidores; pero todavía no se ha confirmado la noticia.

—*Canto de primavera*, reducido á un acto, viene proporcionando muy buenas entradas á la empresa; la opereta, con la reforma que ha sufrido, resulta todavía más bonita.

—Ya que hablamos del Gran Teatro, hace unas noches que se ha estrenado un sainete de cotumbres madrileñas, titulado *El baile de la Flor*.

—Y por cierto con escasa fortuna, pues el «respetable» olvidaba, por lo visto, que lo que le estaban sirviendo era un sainete, no una zarzuela, y en la nueva producción de los autores de *El chico del cafetín* hay tipos admira-

blemente dibujados, arrancados de la realidad misma; escenas graciosísimas, y números de música muy bonitos. El público se mostró demasiado severo en el fallo, y los simpáticos escritores Asenjo y Torres del Alamo se llevaron el correspondiente disgusto por no haber alcanzado la obra el éxito que era de esperar.

—No tardarán mucho en desquitarse, ya lo verás; ambos autores tienen talento, conocen el teatro al dedillo y no se arredrarán por esta insignificante derrota. Cuentan con bríos suficientes para la lucha, para la victoria, que no se hará tardar.

—En Novedades estrenó Juan G. Renovales, profesor de declamación, autor aplaudidísimo, actor ídem, escritor brillantísimo, etc., etc., un primoroso sainete andaluz, que lleva por título *Amor y flores*.

—No pude asistir al estreno.

—Yo sí, y me felicito por ello. Renovales ha escrito un sainete fresco, alegre, lleno de colorido, en donde se destacan algunos tipos muy bien retratados, que hicieron las delicias de la concurrencia. El diálogo está salpicado de chistes de buena ley y toda la obra está hablada como Dios manda. En una palabra: *Amor y flores* hubiera alcanzado en Apolo el mismo ruidoso é indiscutible exitazo que logró en Novedades. La música, del maestro Quisiant, se adapta perfectamente á las condiciones del libro; todos los números fueron repetidos, incluso el preludeo, entre atronadores aplausos. El citado músico, que dirigía la orquesta, ¡qué se yo las veces que tuvo que saludar al público, devolviendo los aplausos que le dedicaban! La Zapatero y la Farinós, como los Sres. Lamas, Lorente, Romero y Gómez, interpretaron sus papeles con cariño y acierto. Se estrenó una decoración de un nuevo pintor escenógrafo, Sr. Ripoll, que produjo excelente impresión; es bonita, y no parece mal pintada.

—Celebro el éxito, tanto por los autores como por la empresa.

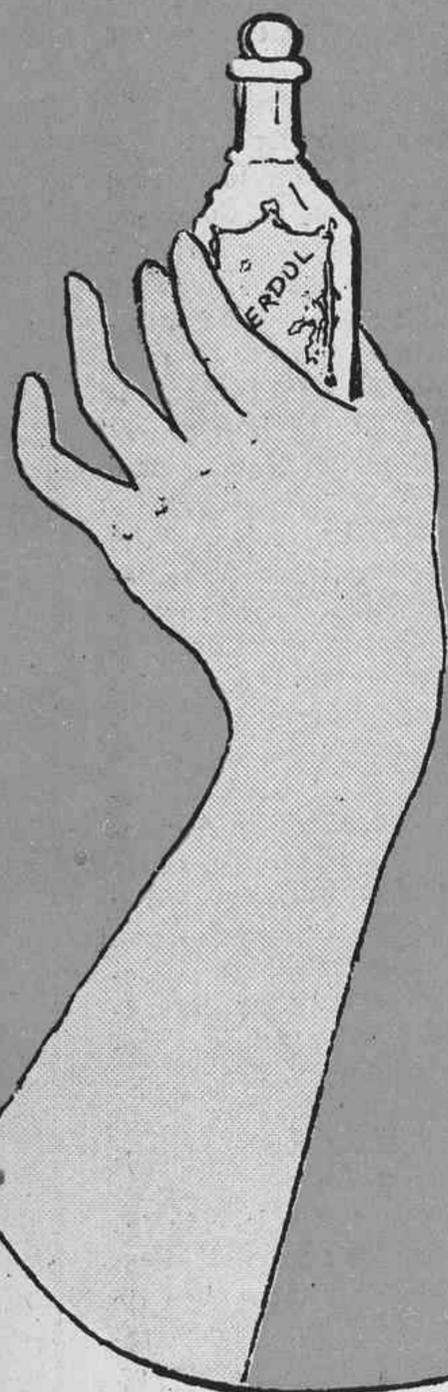
—¡Si vieras con qué satisfacción fumaba el «segundo» hombre del puro, el atento Navarro, un «caruncho» de 0.20 cuando terminó la representación y pasó á ocupar su puesto en Contaduría!...

—¡Pa chasco!...

Colirón.

# VERDOL

EL MEJOR  
DEL  
MUNDO



DENTRIFICO VERDE  
OXIGENADO

Doner